

Día 7:

Después de otra hemoptisis, exclamó:

—¡Pronto voy a irme a ver al Buen Dios!

—¿Tiene V. C. miedo a la muerte, ahora que la ve tan cerca?

—¡Ah! Cada vez menos.

¿Tiene V. C. miedo al Divino Ladrón, ahora que ya está en la puerta?

—No, no está en la puerta; ¡ha entrado ya! Pero, ¿qué me dice, Madrecita mía? ¿Si tengo miedo al Ladrón? ¿Cómo quiere que tenga miedo de quien tanto amo?

* * *

Estas palabras: “Aunque el Señor me quite la vida, esperaré en él”¹, me ha cautivado desde niña. Pero tardé bastante en llegar a este grado de abandono.

Ahora ya estoy en Él. El Señor me ha tomado en sus brazos y me ha puesto allí.

* * *

Le insinué que dijiera algunas palabras de edificación al señor doctor de la Comunidad.²

¡Ah! Madre mía, no es esta mi manera de ser. Que el señor de Cornière piense lo que quiera; yo amo solamente la sencillez y tengo horror por lo contrario.

(1) Job, XIII, 15.

(2) Vea el lector lo que queda dicho acerca del señor De Cornière, en la “Historia de un Alma”, cap. XII, n. 43.

Le aseguro, R. M. que si hiciera lo que V. R. me insinúa, me caería muy mal.

* * *

Le pedi que me contase, de nuevo, la gracia que había recibido después de su ofrenda al Amor Misericordioso. Ella me atajó diciendo:

—Madre mía, os lo conté el mismo día que me sucedió pero V. R. no puso mucha atención...

(En efecto, yo había demostrado no darle mucha importancia, y después ella ya no volvió a hablar de ello a nadie.).

Pues bien. Había comenzado yo el Vía Crucis, en el coro, y me senti de pronto herida, impetuosamente, por un dardo de fuego tan ardiente que creí iba a morir. No sé cómo explicarlo, era como si una mano invisible me hubiese sumergido enteramente en una hoguera.

¡Oh, qué fuego y qué dulzura al mismo tiempo! ¡Ardía de amor! Un minuto, un segundo más y no hubiese podido resistirlo sin morir.

Entonces comprendí lo que los Santos dicen de estos estados tantas veces experimentados por ellos. Yo no lo he experimentado más que una vez y sólo durante unos instantes, luego volví en seguida a mi habitual sequedad.¹

Al poco rato continuó:

Desde la edad de catorce años también senti algunos vuelos de amor. ¡Ah, cómo amaba a Dios! Pero, no era tanto como después de mi Ofrenda al

(1) Vide, "Historia de un Alma", cap. VIII.

Amor; no me sentía arder en una verdadera llama de fuego, como esta vez.

Día 8:

Estaba tan grave, que tratábamos de darle la Extremaunción... La bajaron por la tarde a la enfermería. Entonces dijo muy contenta:

—Solamente tengo miedo de una cosa: que esto no cambie.

Luego, contemplando sus enflaquecidas manos, dijo:

—Ya me estoy volviendo esqueleto. ¡Oh, cuánto me agrada!

* * *

¡Oh!, ciertamente cuando vea al Buen Dios lloraré de gozo y amor... Sin embargo, parece que en el cielo no se debe llorar... Pero, sí, en el cielo se llora, puesto que El dijo: “Yo enjugaré las lágrimas de sus ojos.”²

* * *

Se examinaba, con mi ayuda, de los pecados que pudo cometer con sus sentidos, para confesarse de ellos antes de recibir la Extremaunción. Habíamos llegado al sentido del olfato. Entonces me dijo, como por un exceso de delicadeza de conciencia y para saber que pensaba yo:

(2) Apocalipsis, XXI, 4.

—Me acuerdo que me serví con un placer demasiado natural de una botella de Agua de Colonia que me habían regalado durante un viaje...

* * *

En una circunstancia en la que no fue del todo bien comprendida, dijo con dulzura:

—La Santísima Virgen hizo muy bien de guardarlo todo en su corazón. No os extrañéis si hago como ella...

* * *

¡Cuánto deseo recibir la Sagrada Extremaunción! ¡Tanto peor si luego se me juzga desfavorablemente por ello!

(Si se curaba; pues, ella sabía muy bien que ciertas Hermanas no la juzgaban en peligro de muerte).

* * *

Sintiéndose un poco mejor, dijo graciosamente:

—Podría decirse que los angelitos se han puesto de acuerdo para ocultarme la luz que me indicaba mi próximo fin.

—¿Le han ocultado, entonces, la Santísima Virgen?

—No, la Santísima Virgen jamás estará oculta para mí porque yo la amo demasiado.

* * *

Le dábamos gracias porque nos consolaba con sus afectuosas palabras. Repuso:

Hermanitas mías, les ofrezco los frutos de mi felicidad, tales como el Buen Dios em los da.

Cuando esté en el cielo obtendré muchísimas gracias para aquellos que me hicieron el bien. Para V. R., Madre mía, no todo podrá servirlos; pero habrá mucho para regocijaros.

* * *

¡Si supiérais cuán dulcemente se me juzgará! Pero si el Buen Dios me reprende por alguna cosita, del mismo modo lo encontraré dulce. Y si voy al purgatorio, estaré todavía muy contenta. Haré como los tres niños hebreos: pasearme en medio de la hoguera cantando el cántico del Amor.

¡Oh!, cuán feliz sería si, una vez allí, pudiese salvar otras muchas almas, sufrir en su lugar, porque entonces haría el bien, *libraría a los cautivos*.¹

* * *

Me previno que, más tarde, un excesivo número de jóvenes sacerdotes; sabiendo que ella había sido dada como hermana espiritual, dos misioneros pedirían el mismo favor. Y me advirtió que esto podía ser un peligro para ciertas almas.

No importa que alguna escriba lo que escribí yo, y que reciba los mismos cumplimientos y confianza... Solamente podemos ser útiles a la Iglesia por la

(1) Corresponde perfectamente con aquel pensamiento de su Santa Madre Teresa de Jesús: "...¡qué va que esté yo hasta el día del Juicio en el purgatorio, si por mi oración se salvase sola una alma!" (Vide, "Camino de Perf.", cap. III, 6.)

oración y el sacrificio. La correspondencia debe ser muy parca y no debe permitirse mucho a ciertas religiosas que se preocuparían demasiado en ello. Creerían que hacen maravillas y no harían más que, dañar su alma y quizá caer en los sutiles lazos del demonio. Madre mía, lo que le estoy diciendo es muy importante, nunca lo olvidéis.

En el Carmen no es preciso acuñar moneda falsa para rescatar almas. Y muchas veces, las hermosas palabras que se escriben y las bonitas frases que se reciben son verdadero cambio de moneda falsa.²

Día 9:

Habiendo venido el R. P. superior para ver si era oportuno administrarle la Sagrada Comunión, le dijo:

—¡Vuestra va a ir pronto al cielo! ¡Pero todavía no ha terminado su corona! ¡No ha hecho más que empezarla!

(2) La doctrina de la Santita en este punto se muestra importantísima, ya que está entrañablemente unida a la que la Gran Teresa de Avila había dejado escrita en sus obras, donde nos indica repetidas veces, que la Carmelita Descalza ha de tener más vida de oración y penitencia que exterioridades y letrerías; y esto último siempre por obediencia. La Gran Madre nos da ejemplo de ello: "...Quisiera yo que como me han mandado..." (Vide, "Vida", prólogo, n. I Edic. Burgos, antes cit.). "Pocos días ha me mandaron escribiese cierta relación de mi vida..." (Vide. "Camino de Perf.", prólogo, n. 4 (d) "Comencé a escribir estas "funciones" por mandato del P. Maestro Ripolda..., no quería (yo) pasar adelante..., por el gran trabajo..., que me cuesta lo que he escrito, aunque, como ha siempre sido mandado por obediencia, yo los doy por bien empleados...", etc. (Vide, "Fundaciones", cap. XXVII, n. 22, página 837, id.). Iguaes pensamientos encontraríamos en sus Cartas (CXXXVII), pero por no ser prolijos, dejamos ya las citas de las obras teresianas. Recordamos al lector, que Sta. Teresita lo escribió todo por obedecer a sus superiores.

—¡Ah, Padre mío, cuán verdad es lo que V. R. dice! No, no he hecho mi corona.. es el Señor quien la ha hecho.

* * *

Durante esta visita, se esforzó tanto en mostrarse amable y sonriente que ya no se trató más que administrarle el Sacramento que tanto deseaba.

Luego le dije que no sabía arreglárselas para obtener lo que deseaba.

A lo que me respondió gentilmente:

—¡Oh! ¡No conozco este oficio!...

* * *

Le habían dicho que era un gran privilegio el suyo, de no tener miedo a la muerte:

—¿Por qué debo estar yo más que otros al abrigo de tener miedo a la muerte? Yo no digo como San Pedro: Jamás os negaré.¹

Día 10:

Le estábamos diciendo:

—Ha habido santos que tuvieron miedo de condenarse; ¿cómo no siente temor V. C.?

Entonces, respondió con admirable seguridad:

—¡Los niños pequeños no se condenan!

* * *

(1) S. Mateo, XXVI, 35.

Le vino el pensamiento, que, a pesar de estar sufriendo tanto, quizá no estaba tan enferma como creía, y que el Doctor andaba equivocado.

—Si mi alma no estuviese llena de la voluntad de Dios por el santo abandono; si se dejase llevar por los sentimientos de gozo y tristeza que tan rápidamente sobrevienen, mudándose continuamente, en la tierra..., sería una marea de dolor muy amargo; pero estas alternativas solamente pasan rozando mi alma. ¡Ah! Con todo, son grandes pruebas.

* * *

Hablaban delante de ella de ciertas convulsiones que se producen en la hora de la muerte.

—Si a mí me pasara así, no os apenéis, porque luego yo no haré más que sonreír.

* * *

Sor Genoveva de la Santa Faz (Celina) contemplaba la tapa de una cajita de Bautizo, diciendo que una hermosa cabecita de niño que estaba allí dibujada, le serviría de modelo, para una cabeza de ángel. Nuestra Santita tenía deseos de verla, mas como nadie le dijo nada, se abstuvo de pedirlo, por virtud, aunque más tarde me lo confió.

Día 11:

Le estaba diciendo cuánto provecho podía hacer el manuscrito de su vida; en seguida repuso:

—...Pero como verán muy bien que todo viene de Dios! Toda cuanta gloria reciba, será un bien gratuito que no me pertenece. Si todo el mundo se convencerá de ello...

* * *

Me habló de la Comunión de los Santos, y me explicaba cómo los bienes de unos serán premio de otros:

—Así como una madre está orgullosa de sus hijos, también los estaremos nosotros, los unos de los otros, sin la menor sombra de envidia.

A propósito de su manuscrito, me volvió a decir:

—...Quizá creerán algunos que yo tengo esta ilimitada confianza en Dios precisamente porque estuve preservada del pecado mortal. Puede decirles, Madre mía, que aunque hubiese cometido los más abominables crímenes tendría siempre la misma confianza. Sé muy bien que esta multitud de pecados que hubiera podido cometer, desaparecerían como una gotita de agua arrojada en un ardiente horno. Luego, les puede V. R. contar la historia de aquella pecadora convertida, que murió de amor. Con esto las almas compenderán en seguida lo que estoy diciendo; este ejemplo las animará.

He aquí la historia que me dictó textualmente:

Se cuenta en la vida de los Padres del Desierto, que uno de ellos convirtió a una pecadora pública, cuyos desórdenes escandalizaban una comarca entera. Esta pecadora, tocada por la gracia divina, quiso seguir al Santo anacoreta en medio del desierto para hacer una vida de rigurosa penitencia; pero la

primera noche de su viaje, antes de llegar al lugar de su retiro, se rompieron sus ligaduras mortales, por la fuerza de su amoroso arrepentimiento, y el Santo solitario pudo ver al mismo instante, el alma de aquella pecadora, llevada por los ángeles hasta el seno de Dios.

He aquí un ejemplo palpable de lo que yo quería decir, pero estas cosas no pueden expresarse del todo bien.¹

* * *

Como sufriese mucho por sus tentaciones contra la fe y por su decaimiento físico, comenzó a recitar esta estrofa de su cántico a la Santísima Virgen:

Si de angustias de muerte,
De pena y de dolor, de acerbo llanto
Rodear a su madre Jesús quiso,
¡El dolor quedó ya santificado!
“¡Sufrimiento y amor!” He aquí mi dicha,
la dicha de aquí abajo.
Todo cuanto poseo, todo es suyo;
Tomarlo puede para sí mi amado.
Ya que tanto me sufre
Y me perdona tanto.
Si se oculta... ¡Paciencia!
Aquí estaré aguardando.
Mientras dura la noche de mi vida
Y brille el sol que nunca tiene ocaso.¹

* * *

(1) Vide, “Historia de una Alma”, cap. X, n. 45.

(1) Poesía; “¿Por qué te amo?” A la Santísima Virgen.

Le decía yo:

—¡Cuánto le ha favorecido el Buen Dios! ¿Qué piensa V. C. acerca de esta predilección?

Me contestó:

—Yo pienso que el Espíritu de Dios sopla donde quiere.

* * *

Me estaba contando cómo hacía oración, en otro tiempo, durante la hora del gran silencio,² en las noches de verano; y me dijo que había comprendido por experiencia lo que es el “vuelo de espíritu”. Me habló además de otra gracia de este género, recibida en la gruta de Santa Magdalena (en el jardín del Convento) durante el mes de julio de 1889. A esta gracia se siguió un período de tiempo, durante el cual Teresita se sentía inundada de una paz extraordinaria. “Quietud”.

—Parecía que tenía un velo echado sobre todas las cosas de la tierra. Yo me sentía enteramente oculta bajo el purísimo manto de la Santísima Virgen. En esta época estaba yo encargada del refectorio, y me acuerdo que hacía las cosas como si no las hiciese, parecíame que obraba con un cuerpo prestado. Este estado duró una semana entera.

Es un estado sobrenatural muy difícil de explicar. Sólo Dios puede introducirnos en él; algunas veces sería suficiente para arrebatar un alma de esta tierra.¹

(2) Se refiere a la hora que precede el rezo de Maitines; suele ser hora libre para que las religiosas se ocupen en sus quehaceres particulares.

(1) La Gran Teresa de Avila, Ntra. Madre, nos habla de estos estados de oración en sus “Moradas”, Morada 6.^a, cap. V, obr. cit., y en el “Camino de Perfección”, cap. XXXIII, id. (Vide, lo que queda dicho en la “Historia de un Alma”, cap. XII, 6, pág. 268.)

Día 12:

Nada retengo en mis manos. Todo lo que tengo, todo cuanto gano, es completamente para la Iglesia² y para las almas. Aunque viviese hasta los ochenta años, ¡sería siempre pobre!

Me contó que una vez, siendo segunda tornera, tuvo que soportar una lucha terrible de espíritu a causa de una lamparilla que le habían mandado preparar para fuera de casa, en una circunstancia en la que no debía haberse producido y sin tener a mano lo que necesitaba para ello.

La lucha fue tan violenta que, para no sucumbir en ella, fue preciso que clamara al cielo pidiendo el socorro del Señor. Ella se dedicó a hacer lo mejor posible el encargo, empleando para ello la hora del gran silencio antes del Maitines. A propósito de esto, dijo:

—Para vencerme tuve que hacerme el pensamiento que preparaba una lamparilla para la Santísima Virgen y para el Niño Jesús, entonces lo hice con un increíble delicadeza, no dejando en ella ni una motita de polvo, y poco a poco sentí en mi alma una paz muy profunda y una gran dulzura.

Tocaron a Maitines y no pude acudir a ellos, pero había recibido una gracia tal, que si la Hermana X*** hubiese venido y me hubiese dicho, por ejemplo, que me había equivocado y que era preciso volver a preparar otra lamparilla hubiese obedecido muy a gusto.

(2) Este espíritu de amor a la Santa Iglesia lo heredó también de su Santa Madre, Teresa de Jesús. ("Vida", cap. XV, 7; XXXIII, 5; XXXIII, 15; "Relaciones", cap. III, 7; "Camino de Perfección", "protestación" y cap. I, 2; id. cap. III, 6; "Moradas", 3.ª, 10; "Fundaciones", I, 6; etc.)

Desde este día tomé la resolución de no considerar si los encargos que nos encomienda la obediencia son de alguna utilidad o dejan de serlo.

* * *

—¿Qué haría vuestra Caridad si volviese a comenzar su vida?

—Me parece que haría lo mismo que he hecho hasta ahora.

* * *

Cuando esté en el cielo, el Señor se verá obligado a hacer mi voluntad, porque yo jamás hice la mía en la tierra.

* * *

—Nos mirará V. C. desde el cielo, ¿verdad?

—No, bajaré.

* * *

Yo no digo: Si es duro vivir en el Carmelo, es dulce morir en él; sino: si es dulce la vida en el Carmen, mucho más dulce es la muerte.

* * *

Le ofrecieron un vino reconstituyente.

—No quiero ya más vino de la tierra. Quiero beber el nuevo vino en el reino de mi Padre.¹

* * *

(1) S. Mat. XXVI, 29.

Os suplico hagáis un acto de amor de Dios y levantéis por mí una innovación a todos los santos... Ellos son mis familiares de allá arriba.

* * *

Hablándome de nuevo sobre la Comunión de los Santos me dijo:

—Con las vírgenes seremos como las vírgenes; con los doctores, como los doctores; con los mártires seremos mártires, porque todos los santos son nuestros parientes... pero aquellos que habrán seguido el Camino de la Infancia Espiritual, conservarán siempre los encantos de la infancia, de los niños.

* * *

Dios me dió desde mi niñez el presentimiento de que moriría joven.

* * *

Dios me ha hecho siempre desear lo que El quería darme.

* * *

Dirigiéndose a sus hermanas, dijo:

—No penséis, hermanas mías, que cuando estaré en el cielo, sólo experimentaréis alegrías. No es esto lo que tuve yo, ni nunca lo quise tener. Muy al contrario, puede ser que paséis por muchas pruebas, pero yo os iluminaré haciendo que las améis y estiméis como un gran tesoro. Entonces os veréis

obligadas a decir como yo: “Señor, nos habéis colmado de gozo por todo cuanto habéis hecho.”¹

* * *

—No puedo pensar mucho en la dicha que tendré en el cielo. Una sola cosa hace latir con fuerza mi corazón: el amor que recibiré y el que podré dar... Pienso en todo el bien que podré hacer después de mi muerte; hacer bautizar a los niños, ayudar a los sacerdotes, a los misioneros, a toda la Iglesia...

* * *

Esta tarde llegó a mis oídos el leve murmullo de una música lejana; entonces pensé que muy pronto escucharía incomparables melodías pero este sentimiento tan feliz sólo duró unos instantes.

* * *

Si hubiese sido rica, me hubiese sido imposible ver un pobre hambriento, sin darle en seguida de comer. De la misma manera lo hago ahora: a medida que voy ganando méritos, considerando que en aquel mismo instante hay otras almas que están en inminente peligro de condenarse les doy todo cuanto poseo. Todavía no he tenido un momento para mí; que pueda decirme: ahora voy a trabajar para mí.¹

* * *

(1) Salmo XCI, 4.

(1) La Santa Madre Teresa de Jesús nos dice también... por la salvación de una sola alma pasaría yo mil tormentos muy de buena gana. (Vide, obr. cit. “Vida”, cap. XXXII, 6.)

Siempre me agradó lo que Dios quiso darme, aun las cosas que me parecían menos buenas y no tan bellas como las de otras.

* * *

Mi corazón está lleno de la Voluntad de Dios; así cuando alguien derrama alguna cosa por encima, no penetra al interior, es una nada que resbala fácilmente, como el aceite que no puede mezclarse con el agua. Yo me quedo invariablemente en el fondo, sumergida en una paz tan profunda que nunca podrá ser turbada.

* * *

Con una expresión angelical y un acento del todo celestial, se puso a recitar aquella hermosa estrofa de su poesía “Acuérdate”:

Tú buscas mi reposo;
Tú quieres mi feliz y eterna suerte;
Yo me abandono a ti, Divino Esposo.
Para en tus brazos aguardar la muerte.
Si te duermes. Señor, y en tanto ruge
Le tempestad airada,
Levantando la nave con empuje,
Dormiré sosegada;
Pero, durante el sueño,
Prepárame, mi dueño,
Para aquel despertar de la alborada.²

* * *

(2) Poesía: “Acuérdate, mi amor”...

Me dijo, fijándose en el extremo enflaquecimiento de sus miembros:

¡Oh! ¡Qué gozo experimento al verme destruir!

Día 13:

En otro tiempo, cuando mi hermana Genoveva (Celina) venía a verme, durante la dolorosa enfermedad de nuestro queridísimo padre, no podía decirle cuanto hubiera querido, porque solamente disponía de media hora.¹ Entonces, si se me olvidaba alguna cosa o si tenía alguna luz que quería haberle comunicado, pedía al Señor que se lo hiciese ver y comprender; a la siguiente visita veía claramente que había sido escuchada mi petición...

Al principio de estas visitas, cuando ella sentía alguna pena y yo no podía consolarla, me retiraba del locutorio con el corazón destrozado; muy pronto comprendí que yo era incapaz de consolar una sola alma, y desde entonces ya no sentía pena alguna cuando ella se marchaba triste. Solamente pedí a Jesús que supliese mis deficiencias.

Desde esta época, cuando he causado involuntariamente alguna pena o disgusto, pido al Señor que pase detrás mío, y ya quedo tranquila.

* * *

Le supliqué que me determinara los empleos que había llevado a cabo en su vida de Carmelita:

(1) Era éste el tiempo prescrito por la Regla.

Desde que entré al Carmen me destinaron a la ropería con la Madre Superiora;² además estaba encargada de la limpieza de un dormitorio³ y una escalera. En esta misma época iba yo a arrancar hierbas a la huerta, a las cuatro y media de la tarde, con “descontento de Nuestra Madre Priora”.

“Después de mi toma de Hábito me destinaron al refectorio, donde estuve hasta la edad de dieciocho años; me ciudaba de barrer y de distribuir respectivamente el agua y la cerveza.¹

“Durante las Cuarenta Horas del año 1891 me encargué de la Sacristía.”

“A partir del mes de junio del siguiente año me descargaron de todo oficio por espacio de dos meses. En esta temporada pinté el fresco del Oratorio, alrededor del Tabernáculo, y fue entonces cuando me nombraron Tercera de la Depositaria. Después de estos dos meses, fui tornera, conservando mi oficio de pintora. Estos dos oficios los conservé hasta las elecciones de 1896; después de éstas volví a ser Sacristana.

“Cai al poco tiempo enferma y entonces supliqué me dejaran ayudar a la buen Hermana X*** a remendar la ropa.

Me recordó entonces humildemente cuantas veces se la llamó, sin miramientos, lenta y poco cuidadosa

(2) Fue ésta Sor Maria de los Angeles; Maestra de Novicias de la Santita y muerta el 24 de noviembre de 1924. (Vide, H. de un A., cap. VII, 21, pág. 138.)

(3) Claustro donde dan las puertas de las celdas.

(1) Esta cerveza, no era más que una infusión de lúpulo, que elaboraban las mismas monjas. Las religiosas se tomaban en lugar de vino.

Además de repartir la cerveza y el agua, Teresita cuidaba también de distribuir el pan a la Comunidad.

en sus oficios, de tal manera, que casi lo llegué a creer yo misma por un momento... Luego me confesó que en ciertas circunstancias había sufrido mucho, especialmente cuando yo era su primera en el oficio de refitolera, no pudiéndome hablar, porque se había abstenido de pedir este permiso tan consolador:

—...Tanto que me parecía que V. R. ya no me conocía...—añadió.

Me habló también de la violencia que tenía que hacerse para quitar las telarañas de la despensa de San Alejo² (sentía ella una repulsión enorme hacia las telarañas) y me dio otros muchos detalles que testificaban cuán fiel había sido siempre en todo y cuanto había sufrido sin que nadie lo notara.

Día 14:

Me acuerdo haber leído que los Israelitas edificaron los muros de Jerusalén, trabajando con una mano y sosteniendo una espada en la otra. Esto es lo que debemos hacer nosotras, no entregarnos del todo al trabajo.

Día 15:

—¿Y si muriera V. C. mañana, fiesta de Nuestra Santísima madre la Virgen del Carmen después de la comunión?—le preguntaron. Respondió:

(2) Es costumbre muy antigua y piadosa, en el Carmen de poner bajo la tutela de algún santo, todas las estancias, claustros y habitaciones del convento.

—Oh! Esto no se parecería en nada a mi caminito ¿Voy a salirme de él a la hora de mi muerte?... ¡Morir de amor después de recibir la Sagrada Comunión! Es demasiado bello para mí; las almas pequeñitas no podrían imitarme en esto... Supuesto que mañana no me ocurra algún percance.¹

(1) “Es preciso que las almas pequeñuelas puedan imitarme en todo”, declara Teresita (Vide *L’Esprit*..., cap. II, pág. 167). Es por eso que en ella “todo fue sencillo, había en ella tal simplicidad que jamás se hubieran podido sospechar los grandes sacrificios con que sujetó su viva naturaleza para vencer cuantas repugnancias se le oponían”. (Proces. Apost. 645, M. Inés de Jesús.). “Su trato fue siempre muy agradable y desempeñó todos los oficios y encargos que se le encomendaron, con gran libertad de espíritu” (Vide, “Proces. Apostól”, 1045, Sor Genoveva).

“Los dones sobrenaturales, como milagros, éxtasis, etc..., que generalmente admiramos en la vida de los santos, no fueron la herencia de la Sierva de Dios; su vida no salió de lo “ordinario”; éste es el sello distintivo que hacen a Teresita asequible para todos. El Señor la hizo presentir que la escogía para ponerla como modelo a los ojos de tantas almas que andan por el camino de la noche de la fe” (Proces. Apost., 2346, Sor María de la Trinidad). De aquí su sencillez de vida, que la hizo pasar desapercibida a los ojos de toda la Comunidad, aun en sus actos más heroicos.

Notemos un testimonio, de primera importancia con miras a esta sencillez de vida de la Santita: “Si las religiosas que convivieron con ella, la tenía en gran estima y veneración, como a ninguna otra, jamás sospecharon, mientras vivió (la santita), que más tarde se trataría de beatificarla. Yo misma que la admiraba verdaderamente como a una santa, especialmente después de haberla visto sufrir durante su última enfermedad, jamás sospeché que un día la acanonizarían, persuadida de que para ello era preciso haber hecho muchos milagros y cosas extraordinarias durante su vida mortal.

Las religiosas que con ella convivieron y que han sobrevivido a su glorificación, comprenden perfectamente, conforme a estos triunfos, cuánto heroísmo se encerraba en aquella alma, de cuya vida fueron testigos (Vide. Proces. Apost. 2833, M. Inés de Jesús.)

Esta santa comprendió perfectamente que “no son las grandes acciones las que hacen a los santos, sino que son los santos los que hacen que las acciones, todas, aun las insignificantes, alcancen gran valor, mediante el amor puro que anima las secretas intenciones del corazón. En esto consiste el secreto de la santidad. Los santos “todo” lo santifican. Por eso el modelo que escoge Teresita es la Sagrada Familia, porque su vida, la más divina y perfecta que se ha dado en la historia, fue la más sencilla en apariencia. Esta fue también la santidad de todo un Dios, hecho hombre...” (Vide, P. Philipon, obr. cit., chap. IX, pág. 321 et sq.).

Entonces me contó que el Venerable Teófanos Venard, dirigiéndose al lugar del martirio y teniendo en sus manos el piscis donde se guardaba la Sagrada Hostia para comulgarse, le fue arrebatada cruelmente por sus verdugos... En seguida, la santita exhaló un profundo suspiro.

Me contó el hecho siguiente, cuyo recuerdo lo guardaba como una gracia:

—Cierta día, Sor Maria de la Eucaristía¹ quería encender las velas para una procesión; no tenía cerillas, y viendo la lamparilla que ardía ante las reliquias, se acercó a ella, aunque ya no quedaba más que una débil llama, casi extinguida, alimentada por una mecha ya carbonizada. Sin embargo consiguió encender su vela y con la suya, las de la Comunidad.

“Entonces pensé entre mí: ¿Quién podrá gloriarse de sus obras?... Una simple lamparilla, semiapagada ha producido tan encendidas llamas, que a su vez, podrán encender otras tantas, en número infinito, hasta llegar a abrasar el mundo entero. Y sin embargo, siempre se deberá atribuir a esta humilde lamparilla la causa primera de este incendio...

“Lo mismo sucede en la Comunión de los Santos. Si una centellita puede producir grandes lumbreras en la Iglesia, como Doctores, Mártires... con frecuencia, sin saberlo, las gracias y luces que recibimos se deben a una alma oculta, porque Dios quiere que los santos se comuniquen unos a otros la gracia, mediante la oración, para que en el cielo se amen con un amor inmenso, con un amor mucho más

(1) Su prima Maria Guérin.

subido que el de una familia, más todavía que el de la familia más ideal que pueda existir.

“¡Cuántas veces he pensado que yo debo tal vez todas las gracias que he recibido a la oración de una alma humilde que habrá rogado por mí al Señor y que sólo conoceré en el cielo!”

* * *

...En el cielo no existirán miradas indiferentes, porque todos los elegidos reconocerán que se deben unos a otros las gracias que le merecieron la corona.

Día 16:

Apropósito de su deseo, realizado ya, de ver junto a ella a su hermana Celina (Sor Genoveva de la Santa Faz), dijo:

—Había ya hecho el sacrificio completo de Sor Genoveva, pero no puedo decir que no lo deseaba.

“Muchas veces, durante las noches de verano, a la hora del gran silencio, antes de maitines, sentada arriba, en la azotea, me decía: “¡Oh!, si mi Celina estuviese aquí, cerquita. Pero, sería demasiado dicha para mí. Y esto me parecía un sueño irrealizable. Ciertamente que no era por un deseo natural, sino por su alma, para que pudiera seguir mi Caminito, y ser feliz. Cuando yo la vi entrar aquí (al Carmen) y no

(1) Es curiosa la insitencia que la Santita hace en sus últimos días, sobre la doctrina de la Comunión de los Santos. Parece que quiere robustecer nuestra fe, para que luego confiemos en su benéfica “lluvia de rosas”. Estas palabras son un preludio de su misión póstuma, ejemplo real y evidente de la verdad de la Comunidad de los santos.

solo entrar sino que incluso se me confió a mi para que la instruyese; cuando vi que Dios cumplía sobre manera mis deseos, comprendí cuán inmenso es el amor que me tiene.

“Pues bien, Madrecita mía, si este deseo apenas expresado ha sido de tal forma satisfecho, es imposible que mis grandes deseos, de los que constantemente hablo a mi Dios, no sean escuchados del todo.

* * *

A propósito de su manuscrito, dijo¹:

—Madre mía, será preciso que V. R. revise todo lo que yo he escrito. Si le parece necesario suprimir alguna cosa, o bien añadir algo de lo que le hubiera dicho de viva voz, hágalo como si fuera yo misma. Recuerde esto mismo más tarde y no tenga escrúpulo alguno sobre este asunto. ¡Vuestra Reverencia conoce muy bien todos los repliegues de mi alma, V. R. sola!...

“...Madre mía, en mi cuaderno² sólo dije dos palabras sobre la Justicia Divina. Pero, si Vuestra Reverencia, desea algo más sobre el particular, encontrará todo mi pensamiento en una carta dirigida al P. Roulland, donde me explico con claridad.”

Los grandes Santos trabajaron para dar más gloria a Dios, pero yo que no soy sino una alma muy

(1) A principios de este mismo mes dejó ya de escribir la autobiografía. Las últimas páginas están escritas a lápiz dada la debilidad en que la Santa se hallaba, que apenas, le permitía sostener la pluma, ni hacer el continuo movimiento de mojarla en el tintero.

(2) Se refiere al manuscrito de su vida.

(3) Véanse Cartas a sus hermanos misioneros, e H. de un A., cap. VII, 31, pág. 183.

pequeña, trabajo solamente con el único deseo de agradarle: por eso me sentiré muy dichosa de poder soportar grandes sufrimientos, con tal que le haga sonreír, aunque sea sólo un instante.

Día 17:

Presiento que mi misión va a empezar; mi misión de hacer amar a Dios como yo le amo; de enseñar mi Caminito a las almas. Si mis deseos son atendidos, pasará mi cielo en la tierra hasta el fin del mundo. Sí, *quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra*. Esto no es imposible, puesto que los ángeles velan por nosotros, estando en el seno mismo de la visión beatífica.

No, no podré tener descanso hasta la consumación de los tiempos, y mientras quede un alma por salvar, pero cuando el Ángel dijere: “Ya no habrá más tiempo”¹, entonces descansaré, podré gozar, porque el número de los elegidos estará ya completo; todos habrán entrado en la felicidad sin fin. ¡Mi corazón salta de alegría ante este pensamiento!...

* * *

Le pedí algunas explicaciones sobre el caminito que quiere enseñar a las almas; me dijo:

—Madre mía, el camino de la infancia espiritual, el camino de confianza y santo abandono. Quiero enseñarles los sencillos medios que tanto resultado me dieron; decirles que solo debemos hacer una

(1) Apoc., X, 6.

cosa: obsequiar a Jesús con las flores de los pequeños sacrificios; ganarle con caricias. Así lo conquisté yo y por eso seré tan bien recibida en los cielos.

* * *

En cierta ocasión que Sor María del Sagrado Corazón (su hermana María) había estado hablando en el locutorio con el señor Capellán, me apresuré al volver, deseosa de saber qué había dicho acerca de mi estado. Pensaba yo para mis adentros que esto podría hacerme bien y consolarme; pero, reflexionando un poco, me dije: No, esto sería curiosidad. No quiero hacer nada por saberlo. Puesto que el Señor permite que ella no me diga nada espontáneamente, señal es que no quiere que me entere de ello. Y luego evité llevar la conversación sobre este asunto por temor de obligar a mi hermana, Sor María del Sagrado Corazón, a decirme algo sobre el particular: si hubiese sucedido así no hubiese sido feliz.

Día 18:

Dios no me daría este deseo de pasar mi cielo haciendo bien en la tierra si no quisiera realizarlo; más bien me daría el deseo de descansar en El. ¿Qué le parece Madrecita mía?...

* * *

Sor María del Sagrado Corazón, le dijo:

El solo pensamiento de que V. C. pronto morirá me deja muy abatida; si hiciera mucho caso de esto llegaría a dejar de hablar.

Teresita le respondió:

—Esto no sería según las enseñanzas evangélicas. En cualquier circunstancia en que uno se encuentre debe hacerse toda para todos.

* * *

—Alégrese, Hermanita, pronto se verá desligada de las penas de esta vida—le dijo cierta religiosa.

A lo que respondió:

—Gozarme por esto, ¡oh! ¡jamás!

Luego la miró con dulce sonrisa y añadió:

—¡Yo que soy tan valiente soldado!...

* * *

Sor Genoveva de la Santa Faz, le leyó algunas cosas sobre la bienaventuranza eterna; de pronto la interrumpió:

—No, no es eso lo que me atrae...

—Pues, ¿que es?—replicó Sor Genoveva.

—¡Oh! ¡El amor! Amar, ser amada, *¡y volver a la tierra para hacer amar al Amor!...*¹

Día 20:

—¿Cómo se las arreglaría V. C. si una de nosotras (de sus tres hermanas) hubiera estado enferma en su lugar? ¿Vendría a visitarla durante las recreaciones?

(1) Aquí se manifiesta sin sombra de disimulo, el espíritu apostólico de la Santita. Su misión será el amor, medio único, a sus ojos, para ver realizadas en ella todas las vocaciones de la Iglesia. “La futura patrona de las misiones” comprendió a la luz del dogma de la comunión de los santos, y a la luz de la fe, que el amor contemplativo que se inmola en silencio, es uno de los más eficaces medios de hacer amar al Amor.” (Vide, P. Philipon. “Une voie toute nouvelle”, chap. III, 5, pág. 107.)

—Me hubiera dirigido, directamente al lugar del recreo, sin pedir informes de VV. CC.; pero lo hubiera hecho con toda naturalidad para que nadie se diera cuenta de mis sacrificios. Si, entonces, se me hubiera llamado a la enfermería, purificaría mi intención, cumpliendo este deber con el único objeto de complacer a la enferma y no para purificarme a mí misma, a fin de obtener gracias en provecho de V. C. que no hubiera podido alcanzar buscando mi complacencia. De mi parte, hubiera ganado una gran fortaleza, con esta abnegación. Si alguna que otra vez, por debilidad, hubiese hecho lo contrario de lo que os digo, entonces no me apenaría, sino que procuraría con más empeño reparar mis faltas, privándome todavía más de ello, pero siempre sin dejar traslucir nada.

* * *

Estoy muy contenta de poder morir entre los brazos de Nuestra Madre Priora¹ porque representa al mismo Dios. Con V. R., madrecita mía, hubiera habido, quizá alguna dosis de sentimiento natural; prefiero que todo sea sobrenatural.²

* * *

Queríamos sacar el máximo provecho de estos últimos días de la Santa y la interrogábamos sin cesar.

(1) La Rda. Madre Maria de Gonzaga.

(2) La Santa se refiere a la Madre Inés de Jesús. Había ésta cesado en su cargo de priora; no obstante siguió hasta el último instante todas las fases de la enfermedad de su santa hermana.

—Se me cerca con tantas preguntas que me he acordado de Juana de Arco cuando se hallaba ante el tribunal. Me parece que respondo con la misma sinceridad.

Día 21:

Jamás hice como Pilatos, que rehuyó a escuchar la verdad. Siempre he dicho al Señor: Dios mío, quiero escucharos siempre, os suplico que os dignéis responderme cuanto os digo humildemente: ¿Qué cosa es la verdad? Haced que vea las cosas tales como son, que nada me ofusque.¹

* * *

Recordóme esta oración que tantas veces había repetido en la época de su Primera Comunión:

(1) Hija fiel de Santa Teresa de Avila, no podía faltarle este matiz de la gran Reformadora, que por una sola verdad nada se le daría perderlo todo, ni la vida (Vide Obras. Santa Teresa. Burgos. P. Silverio. "Vida", cap. XVI, y 7 y XXI, 1.)

Característica de la Sta. Madre fue aquel amor a la verdad, que se ha ido imprimiendo en el alma de todas sus hijas. Teresita también gustó este delicioso néctar que le ofrecía su Madre, y por estar de un modo especial entregada al Señor, como un niño en los brazos de su Padre; porque la humildad y sencillez de su "Caminito" todo se basa en la verdad; "Porque... Dios es suma Verdad y la humildad es andar en la verdad" (Vide, id. Moradas, VI, cap. X, 7). Largo sería citar aquí los pasajes de la Santa Reformadora en que nos habla de la verdad, y trabajo inútil también el querer advertir una vez más, la señalada influencia de estas enseñanzas en el alma de la Santita de Lisieux; leyendo las obras de una y otra saltan a la vista las primeras notas de este canto a la verdad, herencia propia del Carmelo Teresiano en el que todo ha de ser: humildad, sencillez..., verdad. Ya lo había sentenciado la Madre Teresa: "No está la perfección en los gustos... sino... en quien mejor obrese con justicia y verdad." (Vide, id. Moradas III, cap. 10.)

¡Oh! ¡Jesús, dulzura inefable, cambiadme en amargura todas las dulzuras de la tierra!²

A esto añadió:

...Sin embargo, no la decía para privarme de los divinos consuelos, sino solamente de las ilusiones y gozos que pueden tan fácilmente apartarnos de Dios.

* * *

Le dijimos que podía considerarse muy dichosa de ser la maestra de un camino de amor y confianza. Respondió:

—¿Qué importa que sea yo, u otro el que enseña este camino a las almas? Con tal que sea enseñado, ¿qué importa el instrumento?

Día 22:

Jamás he dado al Señor otra cosa, sino amor; El me devolverá también amor.

Día 23:

V. C. sufre mucho y quizá todavía tenga que sufrir más; este pensamiento nos aflige mucho.

La enferma contestó:

—Nosotras, que corremos por el camino del amor, no deberíamos preocuparnos de lo que pueda sucedernos el día de mañana, porque entonces faltariamos a la confianza y nos entrometeríamos a querer crear lo que no existe.

* * *

(1) Imitación a Cristo, libro III, cap. XXVI, 3.

“¡In Te Domine speravi!”¹. En el tiempo de nuestra tribulación de familia, me sentía muy dichosa cuando me llegaba el turno de pronunciar este versículo en el Oficio Divino.

* * *

Cierta persona bienhechora de la Comunidad mandóle hermosas frutas, pero ella no podía comerlas. Las tomó una después de otra, como para ofrecerlas a alguien, diciéndome:

—La Sagrada Familia ha quedado bien servida: a San José y al Niño Jesús les ha tocado un melocotón y dos ciruelas. A la Santísima Virgen también le ha tocado su parte. Cuando me dan leche con ron, se la ofrezco a San José; diciéndome: ¡Oh! ¡esto irá de lo lindo a mi querido San José!

Cuando podía ir al refectorio, procuraba siempre ver la distribución que debía hacer: las cosas dulces eran para el Niño Jesús, los platos fuertes para San José, a la Santísima Virgen la reservaba las porciones calientes y las frutas maduras.

Pero cuando me faltaba alguna cosa, estaba más contenta aún porque entonces lo daba de veras a la Sagrada Familia.

Día 25:

Le confesé que acabaría por desear su muerte por no verla sufrir más,—No diga eso, Madrecita,

(1) Versículo muy común en el rezo del Oficio divino. Lo recitan casi todos los días en el himno “Te Deum”; “In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum”; último versículo del himno.

precisamente lo que más me gusta de esta vida es sufrir.

* * *

Le dije:

—¿Dónde está el Divino Ladrón? Ya no se oye hablar de El...

A esto respondió poniéndose la mano sobre el corazón:

—¡Está aquí, en mi corazón!...

* * *

Le estaba diciendo que la muerte tiene apariencias muy tristes, y que me apenaría mucho, viendola morir. Me respondió tristemente:

—La Santísima Virgen también tuvo a su Jesús en los brazos, sobre sus rodillas, desfigurado, ensangrentado. ¡Bien diferente de lo que V. R. puede ver! ¡Ah! ¡Yo no sé como se las arregló!... Suponga que me llevan a sus brazos en semejante estado, ¿qué haría V. R.?... ¿Responde mihi?...

* * *

Le pidieron, delante mio, algunos consejos a propósito de la dirección espiritual:

—Yo creo muy conveniente ponerse en guardia, para no buscarse a sí misma, porque pronto se saldría con el corazón herido, y entonces podría decirse con toda verdad: “Los guardias me quitaron el manto, y me hirieron... Y sólo cuando pasé de ellos encontré a Aquel a quien buscaba, a Quien

amo.¹ Si el alma pide humildemente a los guardas que le indiquen dónde está el Amado, se lo dirán; pero si quiere hacerse ver demasiado caerá en turbación y perderá la sencillez de corazón.

* * *

A propósito de una novicia que quería ocultarle sus sentimientos:

—La virtud brilla por sí misma; si está ausente me doy cuenta en seguida. Inclinándome un poco, vi enseguida por la ventana, el sol, ya en su ocaso, que lanzaba sus últimos fulgores sobre la naturaleza y las copas de los árboles aparecían completamente doradas. Entonces pensé: Mi alma también aparece brillante y dorada porque está expuesta a los rayos del Amor. Si este Sol Divino cesase de iluminarme perdería el brillo, quedándome oscura y tenebrosa al instante.

Día 27:

La Comunidad había estado ocupada en hacer la colada; por la tarde.

—Cerca de la una de la tarde, me dijo: ¡Cuán cansadas están mis hermanas haciendo la colada! Y he suplicado al Señor que os consolase, y que el trabajo se hiciese con tranquilidad y caridad.

“Sintiéndome y viéndome enferma, me he alegrado porque así he sufrido al mismo tiempo que la Comunidad.”

* * *

(1) Cantar de los Cantares, cap. V, 7; cap. III, 4.

Me recordó ciertas palabras de San Juan de la Cruz:

—“Rompe la tela de este dulce encuentro.””

“Siempre he aplicado estas palabras a la muerte de amor que tanto anhelo.”

“El amor no se servirá de la tela de mi vida; la romperá repentinamente.”

“Con qué deseo y consuelo me repetía desde el principio de mi vida religiosa estas otras palabras de San Juan de la Cruz: “Es gran negocio que el alma se ejercite en el amor para que consumándose en breve, no se detenga mucho acá y allá sin ver a Dios cara a cara.””¹

* * *

...En mi misión sucederá lo mismo que en la de Juana de Arco: la voluntad de Dios se cumplirá a pesar de la envidia de los hombres...

* * *

Me alegra la muerte, sólo porque es la expansión de la voluntad de Dios, sobre mí.

* * *

Jamás quise pedir al Señor morir joven; estoy, pues, segura que ahora cumple El simplemente su voluntad.

* * *

(2) Llama de Amor viva, canc. 1.^a Vide. Obras de San Juan de la Cruz, edic. B. A. C.: Llama de Amor... (pág. 1100, prólogo.)

(1) Ibidem.—Llama de Amor Viva. Declaración del verso VI, núm. 18, pág. 1117.

En un momento de asfixia, le hice ver mis sentimientos de compasión y pena:

—¡Oh! No se apenen. Si me ahogo, el Señor me dará fuerzas. Le amo y El no me dejará sola.

Día 28:

Sor Maria del Sagrado Corazón, le dijo:

—¡Qué felicidad, morir después de una vida entregada al Amor!

—¡Oh!, sí; pero para llegar a ello es preciso haber practicado también la caridad fraterna.

Día 29:

Cierta Hermana le refirió esta frase, oída en el recreo: No sé porque se habla de Sor Teresa del Niño Jesús como de una Santa; ha practicado la virtud, es verdad, pero no ha sido una virtud adquirida a fuerza de humillaciones y sufrimientos.

A esto le dijo:

—Precisamente yo que tanto he sufrido desde mi tierna infancia ¡Ah! Cuánto bien me hace ver la opinión de las criaturas en el momento de mi muerte.¹

* * *

(1) En otra ocasión (H. de un A., cap. XII). Teresita exclamó: ¡La opinión de la criaturas! ¡Oh! Dios me ha concedido la gracia de permanecer indiferente ante la opinión de las criaturas. No será indiferencia únicamente la de nuestra Santa, como efecto de un frialdad egoista y fatal, sino la indiferencia propia de los santos: efecto de "un magnifico equilibrio de sensibilidad: un equilibrio nacido de la reflexión y del continuo esfuerzo por dar a las cosas el valor real que tienen, tanto en si mismas como con relación a nosotros". "La despreocupación que los santos sintieron respecto al concepto que los hombres podían formar de ellos nacia de un conocimiento experimental del alcance que puede tener esa opinión humana".

Habían pensado darle gusto llevándole algo con que distraerse, pero sucedió lo contrario. Pensó ella que había contristado a la Hermana que tuvo esta idea, y le pidió perdón con lágrimas en los ojos:

—¡Oh! Perdóneme. Obré por impulso natural. Ruegue por mí...!

Y un momento después:

—¡Cuán dichosa soy viéndome imperfecta y teniendo tanta necesidad de la misericordia de Dios en el momento de mi muerte!

* * *

“La santita de Lisieux no atribuye esa diversidad de opiniones a simpatía o a antipatías personales. Si esa fuera la causa, nada de extraño tendría, puesto que el enemigo ve siempre a través del prisma del odio, y lo que para los demás son virtudes, a él parecen defectos. Se trata de juicios y apreciaciones hechos por personas cuyo estado de ánimo respecto a la persona que juzga es el mismo. Por eso Teresita lo atribuye a variabilidad, a inconsistencia”.

“La verdadera independencia (de la opinión de las criaturas) no existe más que en los santos. Fundados en la voluntad inmutable de Dios, que es por lo único que miden sus actos, les importa poco lo que pueden pensar las criaturas. ¿Cómo les va a preocupar esa opinión, si no es por ella por lo que obran? Fijos los ojos en las alturas, ¿qué les importa lo que sucede en la tierra?...” (Vide: apud. “Enseñanzas de Santa Teresita”, P. Crisógono, o. c. d., X, 4, pág. 243.)

(1) Esta anécdota de los últimos días de la Santa, nos trae a la memoria otra semejante en los últimos días de Ntro. P. San Juan de la Cruz: “...el Hermano Pedro de San José, compadecido... de los dolores que tiene, le dice: “Padre, ¿quiere que le traiga unos músicos para que se distraiga y se aliente? El enfermo le contesta que, si es cosa fácil puede traerlos, el enfermo, alegre de poder dar aquel alivio a Fr. Juan, sale inmediatamente del convento, va en busca de los músicos y vuelve con tres. (Eran unos niños, amigos del convento.) Los niños comienzan a templar sus vihuelas, y el enfermo, como arrepentido de su condescendencia con aquel gusto, llama a Fr. Pedro y le dice: Hermano, muy agradecido estoy a la caridad que me ha querido hacer y lo estimo en mucho, pero no será razón que, queriéndome Dios regalar con estos grandes dolores... yo le procure templar y moderar con música y entretenimiento...”. Y lleno de profunda humildad y caridad regaló a los “músicos” despidiéndolos luego, porque... “yo quiero padecer estos regalos y mercedes que Dios me hace, sin ningún alivio, para más merecer con ellos.” (Conf. Vida de S. Juan de la Cruz, por el P. Crisógono, o. c. d. Edic. B. A. C. 1946, Cap. XX, pág. 460.)

Le manifestamos el temor que teníamos de que pudiese morir durante la noche.

—No moriré de noche: estén seguras. He deseado no morir de noche y se lo he suplicado a la Santísima Virgen.

* * *

Al atardecer, dijo:

—¡Pronto voy a morir, al fin! Desde hace tres días he sufrido muchísimo, pero esta tarde estoy como en el purgatorio.

* * *

A menudo repito mi Ofrenda al Amor Misericordioso, si puedo.

* * *

Hablándome de sus pruebas pasadas:

—Lo que nos humilló por un momento, se convirtió en nuestra gloria, incluso en esta vida.

* * *

No tengo capacidad para gozar, lo he notado muchísimas veces. En cambio, la tengo muy grande para sufrir.

Día 30:

Mi cuerpo siempre me fue una molestia; jamás me encontré en él a gusto... Todavía más, siendo pequeña ya me avergonzaba de él.

* * *

No he hecho nada para evitar el purgatorio, ni siquiera recoger una pajita. Todo lo que hice fue para agradar a Dios y salvar almas.

* * *

Las moscas la molestaban mucho, pero ella no quiso que las matáramos.

—Son mis únicas enemigas y como el Señor nos recomendó que perdonáramos a nuestros enemigos, me contento con esta ocasión de poderlo practicar. Por esta causa quiero perdonarlas.

* * *

—Sufrir sin descanso es muy duro, ¿verdad?

—No; todavía puedo decir al Señor que le amo, y esto basta.

* * *

Enseñóme un vaso que contenía una medicina bastante desagradable, a pesar de su aspecto de fino licor. Me dijo:

—¿Ve ese vaso, Madre mía? Cualquiera creería que su contenido es un delicioso licor; ¡y en realidad no he tomado otra cosa más amarga! Pues bien, esa es la imagen de mi vida: a los ojos ajenos, siempre apareció revestida de los más vistosos colores, les pareció que bebía un exquisito licor y era el de la amargura.

“Digo el de la amargura, pero mi vida no ha sido amarga, porque supe convertir y encontrar mi gozo y felicidad en todo lo amargo.

* * *

—¿Me quieren ayudar a prepararme a recibir la Extremaunción? Rueguen al Señor para que pueda recibirla tan bien como sea posible.

“Nuestro Padre Superior me ha dicho¹: “V. C. quedaría como una niña que acaba de recibir el Bautismo.” Luego no ha cesado de hablarme sobre el amor. ¡Oh! ¡Cuánto me ha conmovido!”

* * *

Por la tarde recibió el Santo Viático y la Extremaunción. Después de la ceremonia nos enseñó sus manos con respeto. Apenas acababa su acción de gracias las Hermanas acudieron a verla y a hacerla mil preguntas. Más tarde me dijo:

—¡Cuán destraída he estado durante mi acción de gracias! Pero he pensado en cuando Nuestro Señor se retiró a la soledad, el pueblo le siguió y El no lo rechazó. He querido imitarle, recibiendo cariñosamente a las Hermanas.

* * *

En previsión de una muerte inminente, bajaron su jergón y lo aparejaron junto a la enfermería (para después exponer en él su cadáver). Ella lo vio en un momento que abrieron la puerta contigua a su habitación, y exclamó alegremente:

—¡Oh! ¡He ahí nuestro jergón! ¡Ya está listo para recibir pronto mi cadáver!

* * *

(1) El Señor Canonigo Rdo. Maupas, parroco de S. Jacques de Lisieux (Santiago de Lisieux). Ejerció el cargo de Superior del Carmelo de Lisieux, sucediendo a M. Delattroete.

Madre mía, después de mi muerte, si V. R. desea dar las gracias, de mi parte, al señor doctor De Cornière, que se ha cuidado de mi salud, pinte una estampa y escriba en ella estas palabras: “Lo que hicieréis al más pequeño de los míos, a Mi me lo hacéis”¹.

Día 31:

Encontré mi felicidad en la tierra, pero únicamente en el sufrimiento, porque he sufrido mucho aquí abajo. Diganselo a las almas...

Desde el día de mi Primera Comunión, que dije a Jesús que me mudase todos los consuelos de la tierra en amargura, sentí un perpetuo deseo de sufrir. Sin embargo, no pensé encontrar mi dicha en ello. Es una gracia que recibí más tarde. Hasta entonces no era más que una centellita cubierta por las cenizas, y como las floress de un árbol que más tarde se convertirán en fruto. Mas viendo caerse las flores, es decir, entregándome al llanto siempre que sufría, me decia con tristeza: ¡Esto no pasará nunca de simple deseo!

* * *

Le dije:

—Si viviera mucho tiempo nadie comprenderia nada de su enfermedad.

Respondió alegremente:

—¿Qué importa? Todo el mundo puede despreciarme; siempre lo he deseado. Al fin lo habria conseguido.

* * *

(1) Mateo. XXV. 40

Estando sus tres hermanas junto a su lecho, comenzó a sobrecogernos el sueño a causa de nuestra fatiga y tristeza.

Mirándonos entonces y señalándonos con el dedo una después de otra, le dijo con una sonrisa significativa:

—Pedro, Santiago y Juan.

Comprendimos la alusión a los apóstoles en el Huerto de Getsemani y al mismo tiempo su intención de distraernos con aquella amable salida.

AGOSTO

Día 1:

Me recordó la extraordinaria gracia que había recibido en otro tiempo, en julio de 1887, ante la estampa de Nuestro Señor Crucificado, de la que nos habla en su autobiografía (Capítulo V) y al mismo tiempo me repitió lo que entonces dijo:

—¡Oh! No quiero dejar perder esta Preciosísima Sangre. Pasaré mi vida recogiéndola en provecho de las almas.

* * *

A propósito del manuscrito de su vida.

Madre mía, después de mi muerte, no hablen a nadie de mi manuscrito hasta que se haya publicado, de acuerdo con Nuestra Madre. Si hacen lo contrario, el demonio se inmiscuirá y os tenderá más de un lazo para impedir y estorbar la obra de Dios... ¡“una obra importantísima”!

* * *

Algunos días más tarde, habiéndole suplicado que reparara en un pasaje de su manuscrito que me

parecía un tanto incompleto, la encontré con los ojos arrasados en lágrimas. Como le pedí me dijera el motivo, me respondió con angelical sencillez:

—¡Lo que he leído en este cuaderno es, en verdad, la historia de mi alma! Madre mía, estas páginas harán mucho bien. Con ellas se reconocerá muy pronto la dulzura del Señor...

—¡Ah! Lo sé muy bien... *Todo el mundo me amará...*

* * *

Le hablaron de cierto sacerdote tan mortificado que incluso se privaba de aliviarse en unas insoportables picazones.

—¡Qué bien hizo el Señor de decirnos: “En la casa de mi Padre hay muchas moradas”¹. Yo no hubiera podido contenerme así... Prefiero practicar otra clase de mortificaciones de manera que dejen el espíritu más libre.

* * *

No se podrá decir de mí como de Nuestra Madre Santa Teresa: Se murió porque no moría². Mi natural desea el cielo, es verdad, pero la gracia tiene ya tal dominio sobre mi natural que ahora no puedo sino repetir:

(1) S. Juan, XIV, 2.

(2) Hace referencia a aquel estribillo de la poesía de Nuestra Madre Teresa de Jesús, en su poesía: “Aspiraciones de vida eterna”, donde la Santa avilesa tan graciosamente exclama, en un arrebato de amor: “¡¡Que muero porque no muero!!” (Vide: Obras de Santa Teresa, P. Silverio; Edic Burgos, 1939, pág. 969.)

Quiero vivir largo tiempo
Si así, Señor, lo deseas;
O, si te place, contigo
Volar al cielo quisiera.
El amor, fuego sagrado,
De consumirme no cesa,
Vida o muerte, ¿qué me importa?
¡Amarte! Mi dicha es ésta.³

* * *

Todo pasa en este mundo, incluso Teresita...,
pero ¡volverá!

* * *

Siento una gran alegría cuando se me juzga imperfecta, pero sobre todo viendo que lo soy. Tal alegría me es más dulce que todos los cumplimientos que puedan hacerme y que me desagradan tanto.

Día 3:

—¿Cómo se las arregló V. C. para conseguir esa paz inalterable que parece su herencia?

Me olvidé de mí misma y procuré no buscarme en nada.

* * *

Le hablaba de las mortificaciones ejercidas con instrumentos de penitencia.

—Hay que ser muy moderada en estas prácticas, porque fácilmente se mezcla más la parte natural que la virtud.

(3) Poesías de Santa Teresita. Véase "Paz y alegría". última estrofa

En otra ocasión ya me había dicho sobre este punto:

—En la vida del Beato Enrique Susón hay un pasaje que me llamó mucho la atención sobre este particular. Había hecho ya el Beato muchas penitencias, tan espantosas que acabaron con su salud, y se le apareció un ángel diciéndole que dejase ya aquel género de mortificaciones, añadiendo: Hasta ahora sólo has luchado como simple soldado, desde este momento te voy a armar “caballero”. Y le hizo comprender la superioridad de las mortificaciones espirituales sobre las penitencias corporales.

“Pues bien, Madrecita, el Señor no me ha querido como simple soldado, desde el principio fui armada “caballero” y me declaré en guerra contra mí misma en el dominio espiritual, por la abnegación y la práctica de los pequeños sacrificios ocultos; en este combate oscuro en el que ninguna parte tiene la naturaleza, encontré yo la paz y la humildad.

* * *

¡Hermanitas mías, rogad por los pobres agonizantes! Si supieran lo que se sufre ¡Cuán poca cosa bastaría para perderse la paciencia!... Es preciso ser caritativas con todas, sean quienes fueran...

* * *

A sus tres hermanas:

—Poned mucha atención en la observación regular. Después de las visitas al locutorio no se reúnan para

hacer reflexiones, esto sería lo mismo que estar en familia, donde no se priva uno de nada.

* * *

Le dije que debía haber luchado mucho para conseguir el grado de perfección en que la veíamos. A esto repuso con acento indefinible:

—¡Oh!, no es eso...

Luego añadió:

—La santidad no consiste en tal o cual práctica, sino en una disposición del corazón (del alma) que nos hace humildes y pequeños en los brazos de Dios, conscientes de nuestra nada y confiados hasta la audacia en la bondad del Padre.¹

* * *

¡Oh, si supieran el dolor que siento en la espalda! Intentaron ponerla guata, y repuso:

—No, no conviene que me quiten esta crucecita.

Día 4:

Acerca de una reflexión que le hicieron:

—¡No, no me creo una gran santa!..., pero pienso que el Buen Dios se ha complacido poniendo en mi alma cosas que hacen bien a mí y a los demás.

* * *

(1) El R. P. Philipon O P., ve en esta expresión la fórmula sintética que resume más perfectamente el movimiento del alma de Teresita. (vide "Ste. Thérèse de Lisieux. Une voie toute nouvelle". Edic. II. Conclusión. pág. 323.)

Le presentaron un manojo de espigas, ella tomó una de las más hermosas y exclamó:

—Madre mía, esta espiga es la imagen de mi alma. Dios me ha colmado de gracias en provecho mío y de las otras almas... ¡Ah!, quiero inclinarme siempre bajo el peso y abundancia de los dones celestiales...

Luego, creyendo haber tenido un pensamiento de presunción añadió:

—¡Oh! ¡Cuánto desearía ser humillada y maltratada para comprobar si verdaderamente soy humilde de corazón! No obstante, tiempos atrás, cuando me humillaban, me sentía dichosa... Sí, me parece que soy humilde... El Señor me enseña la verdad y yo sé muy bien que todo viene de El.

* * *

Sufría mucho.

—¡Ah, cómo desfallecería si no tuviese fe mucho más aun si no amase al Buen Dios!

* * *

Durante la oración me quedé un momento dormida, y soñé que faltaban soldados para una guerra. V. R. dijo:

Es preciso que vaya Sor Teresa de Jesús. Entonces yo contesté que sería mejor si esto fuera para una santa. Pero he consentido en ir.

¡Oh, Madre mía—añadió—, qué dicha tan grande si hubiera podido luchar, por ejemplo, en las Cruza-

das, o más tarde en la guerra contra los herejes! ¡No hubiera temido ni el fuego!

¿Es posible que muera en un lecho!?

* * *

—¿Cómo arregla su vida espiritual ahora que está enferma?

—Mi vida espiritual de enferma es sufrir y después... eso es, ¡nada más!... No puedo sujetarme a una fórmula, diciendo: Dios mío, esto para la Iglesia. Dios mío, esto para Francia, etc... El Señor sabe muy bien qué debe hacer con mis méritos; yo lo he dado todo con el único deseo de agradarle. Además, me fatigaría el espíritu eso de decirlo a cada momento: Dad esto a Pedro, dad eso otro a Pablo. Lo hago, sin embargo, al instante, cuando me lo pide una Hermana, pero luego ya no vuelvo a acordarme. Cuando ruego por mis hermanos misioneros, no les ofrezco mis sufrimientos, sino que digo sencillamente: Dios mío, dadles todo lo que deseo para mí...

Día 5:

Alguien lamentó que las Carmelitas llevaras hábitos tan gruesos durante el estío.

—¡Ah! Cuando estemos en el cielo, el Señor nos premiará el haber llevado hábitos tan gruesos y burdos por su amor.

* * *

Una Hermana le dijo que a la hora de su muerte vendrían los ángeles acompañando al Señor, y que ella los vería resplandecientes de luz y hermosura.

—Todo eso no me hace bien alguno; no puedo sustentarme sino de la verdad. Por esta causa jamás he deseado tener visiones. No podemos ver, mientras andamos por la tierra, a los Angeles, el Cielo, tal como son en realidad, prefiero esperar después de mi muerte.¹

(1) "Los que han visto en la santa Carmelita un espíritu amigo de dulzuras místicas, con todo su acompañamiento de visiones, revelaciones y milagros, no comprenderán esta respuesta. Tampoco debió de comprender la aquella monjita que creyó ilusionar así las últimas horas de vida mortal de santa hermana. Es legión el número de devotos de Santa Teresita que le han concebido así. Su camino espiritual ha sido mal interpretado. Lo han creído lleno de ángeles de cara sonriente y de blanco y resplandeciente ropaje."

"Y sin embargo, aquella respuesta de Teresita en la hora de su muerte es el sello auténtico de su vida y de su pensamiento. Es la fe pura, en oposición a todo el mundo de visiones y revelaciones con que la fantasía de algunas almas devotas rodean la vida de todos los santos, como si fuese la única, o, por lo menos, la mejor expresión de la santidad sublime y de la virtud heroica". En la idea y en la vida de Santa Teresita, como en la de sus santos reformadores y maestros, Santa Teresa de Jesús y S. Juan de la Cruz, es mas bien signo de imperfección. La perfección completa está en la fe pura y desnuda de toda visión sensible."

"La razón la da la Santita desde el lecho de muerte; eso que ven los ojos del cuerpo no es la realidad, porque ni Dios ni los ángeles pueden ser percibidos por los sentidos. Lo que por ellos se vea será una figura imperfecta. Y el alma que ha llegado a la perfección no puede contentarse con esas representaciones imperfectas. Prefiere esperar en la oscuridad de la fe de esta vida, a la visión verdadera y esencial del cielo."

"...Es el contraste con tantos espíritus enfermizos que no saben vivir más que en un ambiente de luces aparentes, que son en realidad sombras... el manjar dulce, aunque insubstancial, de los pequeñuelos, la leche de los párvulos de que hablaban San Pablo y San Juan de la Cruz, en contraste con el pan fuerte y substancioso de los varones perfectos."

"Santa Teresita, a pesar de su caminito de infancia espiritual, no tenía el espíritu aniñado... Ni quiere lo tengan las almas que se pongan bajo su magisterio. La infancia por ella proclamada es la del espíritu sencillo... no la que busca consuelos y ternuras, visiones de ángeles y ambientes perfumados de rosas como única realidad de su perfección. Eso no es la

Yo repito con Job: "Por la mañana espero no llegar a la noche, y por la noche espero no volver ya la mañana".¹

* * *

Habíamos colocado cerca de su cama un cuadro de la Santa Faz, hacia la que sentía mucha devoción, para festejar el día 6 de agosto, la Transfiguración del Señor.²

A propósito dijo:

—¿Qué bien lo hizo Nuestro Señor bajando sus ojos para darnos su retrato! Porque si los ojos son el espejo del alma, y hubiéramos entrevisto por ellos su alma, hubiéramos muerto de gozo.

¡Oh! ¡Cuánto bien ha hecho esta adorable Faz en mi vida! Mientras componía mi cántico "Vivir de amor", ella me ayudó dándome mucha facilidad en ello. Escribí de un tirón, de memoria, las quince estrofas que había compuesto durante el día, aprovechando los tres cuartos de la hora de gran silencio de la noche.

verdad con que ella quiere nutrir su espíritu... Sin esa recia oposición a lo sensible de la vida espiritual, la doctrina del "Caminito" hubiera significado una desviación a la espiritualidad carmelitana... y las almas hubieran ido a parar por él a una sensiblería peligrosa.... engendradora de espíritus enfermizos..."

"La santa Carmelita debió preverlo y tenerlo en aquel último momento de su existencia mortal, al oír las palabras con que aquella monjita quiso consolarla. Por eso reaccionó enérgica contra la interpretación estrecha y empobrecida que se daba a su doctrina. Ella aspiraba, no a la visión de la imagen de Dios y de sus ángeles, que se le entrase por los ojos del cuerpo, sino a la visión pura e incontaminada del espíritu." (De "Enseñanzas de Sta. Teresita, por el P. Crisógono, cap. VII, 7, pág. 169.)

(1) Job, VII, 4.

(2) La santa honra en este día de un modo especial, la Santa Faz de Jesús. (Vide "Noviss. Verba", texto francés, nota.)

Aquel día acababa de componer la estrofa:

Vivir de amor es enjugar tu rostro
e implorar el perdón de pecadores...

Mientras íbamos al reflectorio, después del examen, repetía encendida en santo amor esta bella estrofa. ¡Y mirándole, lloré de amor!...¹

* * *

Mi devoción a la Santa Faz, o mejor dicho, toda mi piedad, se ha basado en esta frase de Isaías: No tiene ni hermosura ni esplendor; le hemos visto y no tenía un aspecto agradable... Despreciado y el último de los hombres, varón de dolores sabedor de lo que es padecer; su rostro estaba como oculto y cubierto de vergüenza; y apenas hicimos caso de El, teniéndole en nada...² Yo, también deseé estar sin esplendor ni belleza, y pisar las uvas en el lagar,³ desconocida de toda criatura...

Día 6:

Esperaba morir al amanecer este día y no cesó de mirar la Santa Faz durante las largas horas de la noche. Por la mañana me dijo:

—He esperado a Jesús durante toda la noche... He vencido muchas tentaciones... ¡Ah! Cuántos actos de fe he practicado... También puedo decir:

(1) Para ir del Coro al Refectorio, la Comunidad tenía que pasar forzosamente por delante de este cuadro de la Santa Faz. (Vide. Id.)

(2) Isaías, LIII, 1-2.

(3) Isaías, LXIII, 3.

Miré a mi derecha y consideré que no hay nadie que me conozca...¹ que conozca el momento de mi muerte...

Y dirigiendo su mirada hacia la imagen de la Santísima Virgen, cantó dulcemente:

¿Cuándo vendrá por fin, mi Madre tierna,
cuándo vendrá el jubiloso día
que cese este destierro, Madre mía,
para volar a tu mansión eterna?

* * *

A propósito del rezo del oficio de Difuntos² del que había sido ya dispensada a causa de su enfermedad, dijo:

—No puedo apoyarme en ninguna de mis obras para tener confianza. Así no puedo decir: He cumplido con todos los oficios de Difuntos... Pero la conciencia de esta pobreza se ha transformado para mí en una verdadera luz. He considerado que jamás hubiera podido, en toda mi vida, pagar una sola de todas las deudas para con el Señor, y que este mismo era para mí como una verdadera riqueza y fuerza si yo así lo quería. Entonces hice esta oración: ¡Oh!, Dios mío, os lo suplico, pagad Vos mismo la deuda que he contraído con las almas del Purgatorio, pero hacedlo como Dios, para que de este modo sea

(1) Salmo CXLI, 4.

(2) Es ley en el Carmen que cuando muere una religiosa o religioso, se le rezen en todos los conventos ciertas oraciones y preces; además, a nuestras religiosas se les ordena rezar el Oficio de Difuntos, por cada muerte que haya tenido lugar en los conventos de las Carmelitas Descalzas. A estas obligaciones hace referencia la santita.

infinitamente más meritorio que si yo misma lo hubiera hecho. Y me acordaré entonces con gran consuelo de estas palabras del cántico de San Juan de la Cruz: “Y toda deuda paga”.³

Siempre apliqué estas palabras al amor. Esta gracia no puede acabar de expresarse... ¡Se siente tanta paz al verse absolutamente pobre y no poder contar con nada fuera de Dios!

* * *

Hablábamos del poco caso que se hace habitualmente de la virtud oculta, y añadió:

—Esto me admiró especialmente en la lectura de la vida de San Juan de la Cruz. De él se decía: ¡El Hermano Fray Juan de la Cruz es un religioso menos que ordinario!...

Su enfermedad tomó un rumbo un poco incierto, y le dijimos:

—¿De qué morirá, pues, V. C.?

—¡Pues yo moriré de muerte! Dios no dijo a Adán de qué moriría; sólo le dijo: “Tú morirás de muerte.”¹
“Sencillamente eso es”.

* * *

A propósito del Oficio Divino:

—¡Cuánto me alegraba al llegar mi turno de hebdomaria!². Cuando recitaba en alta voz, en

(30 “Llama de amor, viva”, canc. II, verso 4.º (Vide. Obras de San Juan de la Cruz, “Llama...”, pág. 1100. Edic. ut supra.)

(1) Genes. II. 17.

(2) Así se llama a la religiosa que es nombrada semanalmente para desempeñar el papel de oficiante. en el rezo del Oficio Divino.